

## Cambio Complicado

## Lucha Larga Pero Necesaria

LORENZO MEYER

**S**OLO aquel que conserva intacta su inocencia política —y que en la actualidad, pasada la adolescencia, ya no han de ser muchos— pudo suponer alguna vez que la transición del añejo autoritarismo mexicano a un sistema político abierto y plural se podría conseguir de una manera tan fácil como una simple elección. Por ello me atreví a suponer que la desilusión por lo ocurrido después de terminados los comicios de hace quince días no ha de ser tanta como para orillar a muchos a volver a la apatía tradicional. Creo, por lo contrario, que las cosas marchan por el camino opuesto: las anomalías han despertado el espíritu cívico como nunca antes, pues en el fondo son interpretadas por muchos como una muestra de la debilidad del sistema y de que, por lo tanto, el cambio es factible. Veamos.

★

**L**OS intereses creados a lo largo de sesenta años de monopolio del poder por un sólo partido son muchos y muy poderosos. Van desde aquellos surgidos en torno a un cacique en un pueblo, pasando por los del secretario general de un pequeño sindicato obrero hasta llegar a los del liderazgo de la CTM, los del señor Legorreta y sus famosos "trescientos caballeros de industria" y, desde luego, a los de la gran burocracia federal. Fuera de México, el autoritarismo posrevolucionario también tejió una importante red de intereses —¿complicidades?— con el mundo exterior, y de la que forman parte tanto la banca internacional que controla nuestra deuda externa como el Departamento de Estado y

muchas otras instituciones en el medio. Así pues, era de suponer que, independientemente de lo que dijeran las autoridades o los documentos legales, una simple elección como la que hubo el 6 de julio no iba a desplazar al grupo en el poder ni a dejar tan tranquilos a esos intereses creados que hace mucho llegaron a un **modus vivendi** muy redituable con el grupo que controla al Estado y a su partido.

Ningún líder de los partidos de oposición que disputaron en las urnas hace dos semanas al PRI el derecho a seguirnos gober-

nando pudo, en verdad, actuar bajo el supuesto de que las elecciones de 1988 serían como lo había prometido el gobierno: limpias y apegadas a las normas legales. Suponer lo anterior hubiera significado ignorar una larga historia de falsificación de los resultados electorales, falsificación que muchas veces se dio incluso cuando no era necesario. Esa historia se inició con el nacimiento mismo del partido del Estado en 1929 y se prolongó de manera consistente, hasta las elecciones de Chihuahua en 1986. Es justamente por ello que hubiera sido una verdadera irresponsabilidad, además de una tontería, que los opositores del PRI —sean ellos políticos profesionales o simples ciudadanos sin partido— hubieran basado sus cálculos políticos en que realmente habría un recuento escrupuloso de los votos.

★

**E**N realidad —y esta es una suposición que no creo que nadie califique de aventurada o ilógica— todos estábamos mentalmente preparados para el fraude, únicamente nos faltaba saber su magnitud y sus formas. Si bien de antemano era fácil suponer que el padrón electoral estaba lejos de reflejar la verdadera naturaleza del cuerpo de electores mexicanos, no lo era imaginar que la Secretaría de Gobernación iba a declarar la noche del miércoles 6 que su flamante sistema telefónico y computarizado de captación de los resultados de las 54 mil casillas y los 300 distritos electorales, no podía dar resultado alguno porque "se había caído". Lo burdo de la razón dada para retrasar por varios días el anuncio de los resultados de la votación, obliga a suponer que, pese a su supuesta experiencia política y a todas las encuestas de opinión pública llevadas a cabo por instituciones gubernamentales y privadas, nacionales y extranjeras, el gobierno y su partido fueron sorprendidos por el enorme apoyo recibido en las urnas por la oposición, especialmente la de izquierda, encabezada por el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas. Sólo así se puede explicar que el gobierno y su partido haya decidido que el precio político a pagar por el retraso en los resultados —la sospecha del fraude y el ridículo a nivel nacional y mundial—

# Lucha Larga Pero Necesaria

Sigue de la página siete

valía la pena. Yo no tengo la menor posibilidad de saber cuál fue verdaderamente el resultado de la votación presidencial del 6 de julio, pero examinando el tremendo daño que su manejo ha causado al gobierno actual, al entrante y al régimen, puedo suponer que el resultado oficial no corresponde al real. En efecto, si el 50.3% de votos que ahora se atribuye al candidato oficial hubiera podido ser substanciado la noche del día de las elecciones, el sistema de cómputo de la Secretaría de Gobernación no hubiera tenido ninguna necesidad de fallar. Por tanto, hasta que no haya pruebas en contrario, es posible suponer que la cifra realmente lograda por el PRI fue menor que la anunciada. ¿Cuán menor? Bueno, eso sí no me atrevo a decirlo, pero la confusión mostrada en público y ante el mundo entero por el liderazgo priista y las autoridades electorales al concluir los comicios, así como la impresionante movilización poselectoral de protesta por el supuesto fraude y convocada por la coalición cardenista, dan pie a suponer que la diferencia pudo ser realmente importante.

Hasta aquí he sostenido que nadie en sus cabales tenía derecho a suponer que el juego electoral sería limpio el 6 de julio, pero eso no significa, de ninguna manera, que nosotros, los simples ciudadanos, lo mismo que los partidos de oposición, no debamos protestar de la manera más vigorosa y efectiva por la falta de transparencia de los resultados electorales. Todo lo contrario, hoy más que nunca se debe de recurrir a todos los medios pacíficos disponibles —des-

en las calles hasta la protesta legal ante las autoridades competentes— para elevar al máximo el costo que deben pagar el gobierno y su partido por insistir en no jugar limpio. Algunos podrán suponer que mantener viva la protesta por lo sucedido después de concluida la votación ya no tiene mucho sentido que resulta negativo y que, en cambio, debemos conformarnos con la promesa hecha desde lo alto del poder de que para el PRI ya ha terminado la etapa del “partido prácticamente único”. Sin embargo, frente a ese tipo de razonamiento se puede esgrimir otro mejor y que es este: ningún argumento de carácter legal o moral va a impedir que quienes han tenido y siguen teniendo el poder vuelvan a usar todos los medios legales e ilegales a su alcance, incluida la manipulación de las elecciones, para conservarlo. Sólo el convencimiento pleno, rotundo, de que el costo de seguir violando las reglas formales del proceso electoral va a ser superior al beneficio, obligará en el futuro al gobierno y a su partido a comportarse de una manera distinta a como lo han hecho por sesenta años.

frente un gobierno que posea en sus alforjas el mínimo necesario de ese capital que es indispensable para afrontar las dificultades propias del futuro inmediato: la legitimidad producto de la credibilidad. Esa oportunidad, desgraciadamente, ya se perdió; hoy, la sospecha de que no hubo elecciones limpias está muy generalizada y se ha convertido en un dato político irreversible. Sin embargo, no todo está perdido. Al gobierno y a su partido les queda aún una salida positiva: la huida hacia adelante. Así lo hicieron, por ejemplo, los franquistas españoles a la muerte del caudillo y bajo la dirección del Primer Ministro Suárez; España los toleró entonces porque ellos se comprometieron a

desmantelar el viejo aparato autoritario, y cumplieron.

En México hoy es necesario, indispensable, recuperar parte de la credibilidad perdida —la recuperación mínima indispensable para dar viabilidad al sexenio que está a punto de iniciarse— poniendo efectivamente en marcha lo que hasta ahora sólo ha sido

una mera promesa contradi- chida por la realidad de la campaña y de la elección: la política moderna, es decir, la reforma del PRI al punto de quitarle su carácter de partido del Estado y respetar, aunque sea por necesidad y no por convicción, el proceso electoral en los comicios locales que se avecinan, pues de lo contrario no

quedaría otra salida que gobernar sin ninguna legitimidad, que es lo mismo que gobernar por la fuerza. Y ningún gobierno sustentado en la fuerza puede ser efectivo durante mucho tiempo. Y sin efectividad todos saldríamos perdiendo... ¡hasta los años del PRI!

Respecto a la lucha contra la arraigada cultura del fraude se puede repetir algo dicho por otros en otros contextos: ¿si no es hoy, cuándo?, ¿y si no es la mayoría ciudadana, quién? La modernidad política de la que tanto se ha hablado, requiere, para ser realidad, de acabar lo más rápida y definitivamente con la maquinaria del fraude. A un grupo cada vez más numeroso de mexicanos no nos hace ya ninguna gracia la permanencia del aparato del fraude; nos irrita y nos abochorna. Es hora de que personajes como los “alquimistas”, los “taqueros”, los “electricistas” (aquellos que dan los últimos “toques” a las cifras electorales) y todo el resto de la fauna del fraude que vive dentro de las estructuras del PRI, queden relegados a la historia de la picaresca política mexicana.

Lo deseable hubiera sido aprovechar las pasadas elecciones federales para iniciar de la mejor manera posible el tránsito del autoritarismo a la democracia, es decir, teniendo al

★

EN lo pasado, los grandes fraudes electorales —1929, 1940 y 1952— tuvieron un costo inmediato de cierta importancia, pero sus consecuencias negativas desaparecieron pronto. En el largo plazo esos fraudes quedaron impunes. La vitalidad del sistema en aquel entonces era mucha, la suficiente para contener el daño y lograr que la vida política pronto recobrarla la normalidad. Ahora las cosas son distintas, el vigor del sistema es á agotado y es, por tanto, posible y deseable que la impunidad del pasado no se repita, pues de lo contrario las anomalías que vivimos en esta última jornada electoral volverán a surgir en las elecciones locales que ya se avecinan y, muy probablemente, en los comicios de 1994. Y entonces el círculo vicioso llegará al siglo XXI.